

sión es inmediata; el que es muerto mientras duerme no puede hacer ningún acto humano. Si en el martirio y en el bautismo pasa esto, no se ve una dificultad mucho mayor para que no suceda lo mismo en la Sagrada Eucaristía.

Los adversarios de nuestro modo de sentir, acumulan textos, argumentos y objeciones contra nuestra opinión. No es nuestro ánimo recorrerlos, nos llevaría demasiado lejos.

Gustosos concedemos que la mente del Angélico es oscura y presenta dificultades, por lo cual no defendemos nuestra posición como cierta, sino como muy probable. Además, podemos contestar en general que el Santo Doctor no habla en sentido exclusivo; sino sólo asertivo cuando dice que la Eucaristía remite los pecados mediante la caridad que excita y fomenta. Conviene también advertir que ciertas expresiones del Doctor Común admiten fácilmente una interpretación más amplia de la que les suelen dar los fautores de la sentencia contraria.

Estos, por ejemplo, suelen insistir en lo que dice el Angélico en la solución a la primera objeción del artículo 4²⁸ « que los pecados veniales, aunque no son contrarios a la caridad en cuanto al hábito; lo son, sin embargo, en cuanto al fervor del acto, el cual es excitado por este Sacramento; por cuya causa se borran los pecados veniales ». Estas palabras pueden muy bien acomodarse a los dos modos de remisión de los pecados veniales que atribuimos a la Santísima Eucaristía; a saber, o que la Sagrada Comunión borra el pecado venial excitando un acto fervoroso de caridad que le es contrario y lo destruye; o bien, que perdona el pecado venial para allanar y facilitar el ejercicio del acto de caridad, que es fin y efecto del Sacramento del Amor.

Resumiento brevemente todo nuestro trabajo, decimos que Santo Tomás afirma que la Santísima Eucaristía borra los pecados veniales; pero no necesariamente todos, sino según las disposiciones del que comulga. Algunos pecados veniales se perdonan por el acto de caridad que excita o fomenta la Sagrada Comunión; otros, muy probablemente, ex opere operato inmediatamente, sin necesidad de un cambio intrínseco y voluntario en el sujeto que ha comulgado.

²⁸ *Ibid.*, q. 79.

LA EUCARISTIA EN LAS MISIONES JESUITICAS DEL PARAGUAY

Por el R. P. CONSTANCIO EGUÍA, S. I. — Madrid

I

Procesiones del Corpus

Las danzas, mientras permanecieron en cierta sobria y espontánea sencillez, se prodigaron en honor del Señor expuesto. Y no fueron privativas de las Cuarenta Horas. Adornaron, sobre todo, las magníficas *procesiones del Corpus*.

Actuaban esa especie de *seises* en los pueblos, durante esas celebridades, a manera de los de Sevilla; en tal manera, que las danzas de los niños atraían a los grandes y sobre todo a sus padres y parientes, « teniendo aquellos, dice el doctor Francisco Jarque, por suma dicha propia ver a sus hijos galancitos danzar en aquellas solemnidades y procesiones con raro primor: porque un niño cualquiera de 8 años era capaz de hacer 80 mudanzas sin perder el compás de la vigüela o arpa, con tanto aire como el español más ligero; y yo mismo soy testigo ocular, y admiré, en tanta inocencia tal destreza »¹.

NOTA. — En una obra que tiene en preparación el R. P. Eguía, en la que estudia diversos aspectos de la antigua provincia jesuítica del Paraguay, dedica un capítulo a la vida eucarística en aquellas célebres misiones. De ese capítulo adelantaremos algunos párrafos, de especial interés.

¹ *Insignes misioneros*, etc. (Zaragoza, 1662) 144. Hay otra edición de Pamplona, 1687.

Ordinariamente se introducía esta enseñanza por medio de maestros seglares, hasta que los indios lo aprendían tan bien que podían servir de maestros unos a otros. Y a fines del siglo XVII, había ya tal copia de bailarines diestros, que en cada pueblo se formaban hasta cuatro cuadrillas de ocho danzantes, todos vistiendo a la española, de gala, y cada cuadrilla con librea distinta de las otras.

Lo más precioso de estas procesiones y lo más grato al Señor a quien se festejaba, era la suma devoción que se observaba en ellas. « Toda aquella multitud —asegura el mismo Jarque— se movía en tal silencio, que no había persona, ni un muchacho, que hablase palabra, ni obrase una acción poco digna de hacerse delante de Cristo Sacramentado ».

Esto no obstante, como las tales representaciones de *danzas* sagradas y de algunas piececitas como *autos* sacramentales que se exhibían, podían tal vez derivar a demasiada fastuosidad, en trajes o decorados; observamos por aquel entonces cierta solícita vigilancia por parte de los superiores en reprimir o en prevenir algún pequeño abuso.

En 1684 dictó sobre ello algunas disposiciones el P. General Carlos Noyelle; y en 1694 el P. Tirso González. Parecía en Roma que ciertas telas de algún coste, como eran las de seda, o bien los paños de Londres y Holanda y los finos de Segovia, tenían algún inconveniente y por eso debían prohibirse. Mas luego que se enteraron por los provinciales de que las telas que se usaban entre los indios danzantes eran más bien de más conveniencia y ahorro, porque los de lana sencilla se apolillaban y perdían en poco tiempo; los mismos Padres Generales revocaron las órdenes restrictivas. Por lo menos, así lo hizo el P. Tirso, por Abril del 1699.

¿Quién podía poner coto a la devota munificencia con que los indiecitos conversos; ya desde el principio querían festejar, como podían, al Señor del cielo que recorría sus calles?...

Ya en el *Anua* de 1614 consta que, no obstante su primitiva pobreza, sabían solemnizar ellos a su modo la fiesta del Corpus. Entonces el tabernáculo o trono de exposición lo fabricaban ellos con plumas y con papel de colores. Los tapices eran esteras tejidas de junco que colocaban en las paredes. Las imágenes, las más de las veces, no pasaban de ser láminas de papel. No obs-

ante, en este pobre arreo, ponían ellos gran entusiasmo. Y año por año fué creciendo este mismo entusiasmo con los mayores posibles que iban viniendo; hasta llegar al relativo lujo que se gastaba, como hemos visto, a fines del siglo XVII.

De las solemnes procesiones eucarísticas alegóricas existen muchos relatos de aquellos tiempos. El P. Pablo Hernández en el primer tomo de su *Organización Social*¹, aduce varias fuentes históricas sobre las costumbres de los guaraníes en el gran día del Corpus.

La procesión solía ser después de la misa. Días antes habían salido indios al bosque y arrancado troncos y gran cantidad de ramaje. Con cañas y tablitas bien pintadas se formaban dos enrejados paralelos, separados lo bastante para dar paso a la procesión. De trecho en trecho surgían arcos triunfales o cupulillas, altas hasta diez metros. Todo iba revestido de verdura y flores, y cada arco corría a cargo de un cacique, esmerándose cada cual en el adorno del suyo. Al mismo tiempo se habían afanado en cazar y traer vivos cuantos animales podían tener a las manos: papagayos, ávestruces, quirquinchos, y a veces las fieras más bravas atadas en aquellos arcos. Hasta los peces de los ríos hacían que sirviesen en esto a su Creador. Agregaban las frutas más exquisitas que podían recoger, y las legumbres, semillas y raíces.

En lo alto del arco se dejaba ver la imagen de algún Santo. El suelo estaba alfombrado de flores y yerbas olorosas. Las mismas plantas que en seguida les habían de servir en sus sembreras las disponían o en altarcitos o en esteras dispuestas de modo, que pasare por ellas el sacerdote portador del Santísimo. Este había de hacer estación en los cuatro altares que se alzaban a los cuatro costados de la plaza, dispuestos con mucha curiosidad y devoción, y coronados por sendos doseletes de ramos, hojas y flores.

Abría la procesión alguna compañía de soldados indios, con sus insignias, cajas y clarines, que a sus tiempos hacían salvas y batían banderas. Venían luego los niños en dos hileras, puestas las manos, caminando a iguales distancias, y gobernados por sus intendentes.

A continuación, los hombres con velas en las manos. Luego

¹ I, 313.

la congregación de San Miguel con su estandarte e insignias, y las andas propias del Santo. Y al último, la congregación de la Santísima Virgen, donde venían los caciques y capitanes, y las personas más devotas del pueblo.

Detrás venía el palio, flanqueado por los acólitos revestidos. Y detrás del palio, también con luces, caminaba el cabildo con su corregidor, y los alcaldes, regidores, alguaciles, fiscales de la doctrina y oficiales de milicia, todos con sus trajes de gala. Cerraban la procesión las mujeres.

Iban todos con las manos puestas, a la altura del pecho, sin divagar con los ojos, y atentos todos a los cánticos sagrados. De tiempo en tiempo incensaban algunos de los acólitos, y alternaban con ellos otros, derramando flores delante del Santísimo, o arrojando hojas de árboles olorosos, o también granos de maíz tostado que con estrépito peculiar se abrían en forma de flor.

Cuando el sacerdote empezaba a caminar con el Santísimo en las manos, resonaban cuantos órganos, arpas, cítaras, trompetas y tambores había en el pueblo. Al llegar al primer altar estacional de los ángulos, depositaba en él la custodia, la incensaba y, después de los motetes, entonaba la oración del Santísimo. Sentábase después, juntamente con los cabildantes y oficiales de milicia, y era entonces cuando los pequeños danzantes, ocho, diez o más, vestidos de gala, ejecutaban las devotas danzas alegóricas que tenían sabidas y ensayadas. Unas veces, se presentaban en trajes peregrinos, por ejemplo, asiáticos; e iban alternando unos y otros con las varias estrofas del *Lauda Sion*, acompasadas danzas y mudanzas, interrumpidas de nuevo por el canto y el ofrecimiento del incienso que humeaba en las navetas o pebeteros.

Otras veces, se presentaban, por ejemplo, en traje de reyes, representando las varias partes del mundo, y con reverentes genuflexiones a compás y ejecutando danzas graves que no desdecían del Rey a quien adoraban, alternaban con ellos el *Sacris Solemnis*, y el ofrecimiento de sus cetros, de sus coronas, y a lo último, de sus corazones, que llevaban prevenidos en el seno para ofrecerlo al Rey de los Reyes.

Para estas ceremonias procesionales desplegábase también especial gusto, devoción y santo desinterés en irse proveyendo de ricos pendones, de mangos para las cruces, de andas para la

Virgen y de los Santos, y, sobre todo, de carrozas y de custodias para el Señor Sacramentado. Ya muy a los principios se habla de todo esto como integrante de las pompas eucarísticas. Pero, como es natural, podían ser más dignas y lujosas estas preseas, cuando los colegios y misiones iban desempeñándose y hallando medios de adquisición. Así en 1653, cuando quedó un tanto holgado de sus deudas el colegio de Córdoba, al punto se hicieron los padres con una buena *custodia* para la exposición del Santísimo, y su traslación en las frecuentes procesiones¹.

II

Monumentos y Viáticos

Corrían parejas con las fiestas del Corpus, en devoción si no en solemnidades, las funciones de *Semana Santa* en torno a la exposición del *Monumento*. A juzgar por la descripción de la semana mayor en el pueblo de Yapeyú, que nos hace el Padre Gabriel Novat, socio del P. Provincial Jaime Aguilar, por Abril de 1737, era muy consolador en aquellos pueblos ver cómo asistían los indios a estas funciones sagradas, particularmente el jueves Santo, en nuestros templos.

«Asistían —dice— todos y cada uno de los indios y de las indias y casi sin faltar nadie, a cada una de las distribuciones. Los maitines se cantaban de un modo que se podría oír con honor en cualquier parte del mundo, alternándose los coros musicales. Las profecías y lamentaciones se cantaban por niños solistas, sopránistas, primorosamente, con vivacidad, modulando ellos la voz a imitación del estilo italiano. Y al exponerse el *Santísimo*, no faltaba nunca un buen número de hombres en la iglesia, para adorar al Señor reservado en el *Monumento*; y esto, con tanto recogimiento y silencio, que ni respirar parecían. Los mismos indiecitos monaguillos permanecían hincados de rodilla, sin moverse, horas enteras; ya en adoración solitaria, ya mientras ejecutaba la orquesta musical arias y motetes, o mientras se cantaban la Pasión, los responsorios, las profecías. Siem-

¹ CA (1652-1654) p. 41.

Las *Cartas Annuas* se citarán en adelante por la abreviatura CA.

pre adorando a su Dios incansablemente, mientras le veían presente en el tabernáculo¹.

La devoción a estos cultos eucarísticos era, poco más o menos, la misma en todos los pueblos. Ahora la decencia o riqueza del *Monumento* dependía de muchas y varias circunstancias. Pueblos había, sobre todo al principio, donde el Señor había de contentarse con la fe sencilla y pobrecita ornamentación. Pero aun entonces no solía faltar para el *Monumento* una humilde gradería con sus barandillas que cubrían con frontales y ropa blanca de sacristía.

Faltando el paño, suplían su falta los papeles pintados, y una profusión de luces y lamparillas que ofrecían los indios, llevando también unas pelotitas muy pulidas y pequeñas de cera en ofrenda.

Eran los mismos cristianos, que cuando salía el Señor en procesión, hacían sus arcos y los aderezaban con mil invenciones, poniendo en ellos, sobre todo a los principios, cuantas viandas se criaban en sus casas y chacras, en canastillos que colgaban a trechos. Entre ellos hubo una india piadosa que, por no quedar corta en honrar a su Criador, colgó de los arcos hasta los ovillos de su hilado, que debió aceptar el mismo Señor como si le hubiese colgado trocados y telas¹.

Y eran también los mismos cristianos que, cuando se administraba el *Santo Viático* a algún enfermo, le acompañaban religiosamente y aderezaban el aposento y casa muy devotamente. Ya en la primera reducción guaraníca de San Ignacio, en suelo paraguayo, fundada por el P. Marcial de Lorenzana, adelantada por el protomártir Beato Roque González y perfeccionada por el célebre P. Diego de Boroa, se introdujo esa costumbre santa. Pronto se hizo la reducción con un palio lindo y vistoso, traído de la Asunción, que se empleaba en los viáticos. Los indios mismos, llegada la hora, enramaban y adornaban las calles y la casa del enfermo, donde se ponía un altar con su cielo o dosel, e imágenes, todo muy bien aderezado. Llevaban los indios velas de cera silvestre, y los niños unas linternas, o farolitos pintados a la veneciana como les habían enseñado los misioneros. Y al llegar cerca del enfermo que recibía el *Santo Viático*, todos se

¹ CA (1735-1743) p. 41.

¹ CA (1614) p. 10.

hincaban de rodillas, juntaban las manos, y daban muestras de mucha fe en este soberano misterio.

Las muertes dichosísimas de tantos indígenas, que morían así con los santos sacramentos, y envueltos en la común devoción de todo el pueblo, dejaban a los padres llenos de consuelo y con muchas esperanzas de su salvación...

III

La devoción al sacrificio y la misa diaria

Si tales eran los sentimientos de devoción que excitaba en nuestras casas y misiones la sola vecindad de Jesús por medio de la presencia real eucarística; júzguese lo que sería la asistencia a la *Santa Misa*, donde el mismo Jesús no sólo está presente, sino que se sacrifica por nosotros...

Este sacrificio del altar, como el de la cruz, toman de la divinidad su idéntica grandeza infinita. En uno y otro, el amor eternal del corazón divino es el principio, medio y fin del holocausto. Porque aquí también, en nuestras aras, es Jesús el sumo sacerdote que, por intermedio de su ministro se ofrece. Aquí el mismo Dios-Hombre, con sublime sencillez y con inagotable perpetuidad, se multiplica. Y, finalmente, aquí por medio del mismo Verbo eterno, recibe Dios la adoración y acción de gracias infinitas; y es aplacado sobreabundantemente por la propiciación y oración divina de Jesús.

Y, si por ser el Eterno Verbo principio, medio y fin de este sacrificio, comunica de lleno a la *Santa Misa*, toda su infinita grandeza divina; también por su parte el amor del Dios-Hombre, alentado en su corazón de carne, comunica al sacrificio su eficacia meritoria y satisfactoria. Ahí, en el altar, está el corazón de nuestro Jesús ofreciéndose al holocausto y aceptándolo; marchando decidido a la ejecución; actuando en la misma acción sacrificial con el amor diluío en sangre, y haciendo participar de ese anhelo de padecer a los bien dispuestos redimidos.

Esto lo sabían perfectamente nuestros Padres. Y por eso, procuraban con todo ahinco que nunca les faltase a los recién convertidos ese alivio y ese incentivo del cielo. Y ante el ara

santa los juntaban todos los días, para que adquiriesen el temple recio que distingue a los verdaderos cristianos.

En general, aquellos indiecitos, con un gran instinto de fe y religión, ansiaban el momento de ver llegar a Jesús sobre el altar en la *misa diaria*. Ni puede extrañar que anhelasen esos momentos de la visita diaria de Jesús. Porque a eso estaban acostumbrados; a volver la vista y el pensamiento adonde estaba Jesús, aunque no se hallasen en la iglesia, o cerca de ella, sino muy lejos, con tal que sus ojos alcanzasen a ver el templo donde se levantaba el altar.

« Han concebido tan gran reverencia a su majestad sacramentado todos los de este pueblo (dice Mastrilli, refiriéndose al pueblo de Encarnación), que todos ellos, grandes y pequeños, no sólo al pasar por la iglesia ponen las rodillas en tierra, mas hacen también lo mismo en llegando a afrontar las puertas o ventanas, aunque sea de lejos. Y cuando acontece que, yendo a sus sembrados o volviendo de ellos, descubren desde el campo la iglesia, aunque vengan cargadas, se paran las indias a postrar de rodillas y a enseñar a sus hijos hagan lo mismo juntamente con ellas. Y es cosa de singular gusto ver aquella edad inocente que aún no tiene fuerzas para tenerse en los pies, y ya está enseñada a bajar las rodillas al suelo para adorar al Santísimo, anticipando reverencias al conocimiento que aún no tienen de su creador »¹.

También anticipaban así el anhelado momento matutino de congregarse en la iglesia, para salir al encuentro de Jesús cuando descendía al altar.

Porque, a ser posible, nadie en edad conveniente, dejaba de oír cada día misa con sumo cuidado antes de ir al trabajo. Era una dulce y santa costumbre. Y se dulcificaba aún más con la música sagrada, que no solía faltar, según parece, ni aun en la misa ordinaria. A lo menos así lo testifica Jarque en las vidas que escribió de Cataldino y Ruiz de Montoya.

« Acuden —dice— cuantos hay en el pueblo a misa, luego que amanece. En la cual, aunque sea rezada, siempre los músicos desde el coro cantan algunas letras o himnos sagrados en los instrumentos más suaves. Lo cual acostumbran mientras se dice

¹ CA (1626-27) p. 30.

cualquiera misa rezada para levantar más devotos los ánimos a las cosas celestiales. Después, va cada cual a su ocupación »¹.

A veces la campana matutina de las *Avemarías*, no servía sólo para despertarse todos rezando a la Virgen y alabando al Señor. Servía también, los sábados a lo menos, para que todos acudiesen a la *Misa de Nuestra Señora*, dedicándole cánticos y oficiando la misa los muchachos².

Monaguillitos de esos nunca faltaban; y nada más propio para misas de la Reina de los Angeles que verse coronada por estos angelitos humanos. Ni siquiera en las capillas de las apartadas estancias faltaban algunos ayudantillos. Y de que allí tampoco faltasen cuidaban con especial solicitud hasta los padres provinciales.

Véase, por ejemplo, lo que dejó provisto el padre provincial Nusdorffer en el memorial que escribió para el hermano estanciero de Yapeyú el día 31 de Julio de 1744:

« Habrá allí no más de dos sacristancitos muchachos, y que estén allí con los nuestros, para que sus padres naturales cuiden de ellos, y de noche duerman en casa de sus padres naturales y no en casa de otros »¹.

IV

Las Misas solemnes

Como es natural, las *Misas solemnes* cantadas, y en especial las de las grandes fiestas, eran las que requerían más acompañamiento de musiquillos y acólitos.

Ya uno de los primeros provinciales, el padre Pedro de Oñate, se refería en sus *Anuas* con mucha consolación a los progresos que se hacían en la solemnidad de las misas, allá por las reducciones del Guayrá. Con la llegada del P. Vaisseau, jesuita flamenco, que por desgracia muy presto se malogró, aquellos indiecitos se habían impuesto en el canto de órgano, y cantaban muy bien a tres coros, y tenían un terno muy bueno de chirimías, que fueron las primeras que hubo en toda la go-

¹ *Insignes misioneros* (Zaragoza, 1662), 344.

² CA (1617) 12.

¹ *Memorial*, p. 19.

ber nación del Paraguay. Y con tales medios el culto divino, particularmente la celebración del santo sacrificio, estuvo muy en su punto, ayudando a ello la natural piedad de aquellos indios, con los cuales decía el P. Oñate que hacían raya entre los de por allá « como los religiosos entre los seglares »².

También en San Ignacio del Paraná hubo adelantado eucarístico en esta parte, donde otro misionero flamenco, el padre Claudio Royer, llevó muy en aumento las escuelas, hasta el punto de que los niños eran como fiscales de sus padres, y seguramente los aventajaban en saber ayudar a misa.

Más adelante aún se notaba en el Paraná unos años más tarde. Y llamó esto la atención del provincial Durán Mastrilli, el cual se expresaba así en las Anuas: « Los domingos y fiestas concurren todos a oír el sermón y la misa cantada, que se celebra con muy buena música y mucha solemnidad, por la destreza que a pocos meses de industria que ponen los Padres, adquieren los muchachos cantores que para esto dedican »¹.

Es natural que con el tiempo avanzase más aún la solemnidad del Santo Sacrificio, sobre todo en la parte instrumental. Pero por lo que toca a cánticos y a coros, y a la esplendidez del aparato externo, desde antiguo se acompañaban con esa pompa las solemnes ceremonias, hechas toda's según el rito romano. Ya el P. Torres en su *Anua* de 1613 hacía notar cuán grande empeño ponían aquellos primitivos misioneros en que, en ocasión de estas fiestas y misas mayores, penetrase el correspondiente misterio del altar en las inteligencias de los neófitos, y se les quedase mucho grabado².

Y precisamente para inculcar más a los indígenas el respeto al sagrado misterio, se escogían ya entonces los más aptos entre los hijos de los indios para ayudantes o monagos, y se les instituía en el canto, también litúrgico.

Ellos ayudaban a los Padres en el aderezar la iglesia y el altar lo mejor que era posible. Ellos asistían al diácono y subdiácono en el prebisterio, y al director de música en el coro. Ellos acompañaban al padre predicador y ellas velaban el Santísimo expuesto en la misa. Pero su oficio principal era el edificar con

² CA (1617-18) 16, sgts.

¹ CA (1626-27) 33.

² CA (1613) 15.

su compostura en ella a los mayores, y ayudar que floreciera, como irradiación del Santo Sacrificio, la verdadera piedad cristiana.

En épocas ya posteriores, cuando llevaban aquellas gentes muchos años de asistencia a la misa, hacen notar los cronistas que la fe estaba ya muy arraigada en los corazones, y que por eso se mostraban muy aficionados a estas prácticas eucarísticas, aún las más largas.

En las *Anuas* de 1720 a 1730, escribía a este propósito el padre Lozano: « En las fiestas no falta nadie a la *Misa Solemne*; ni faltan a las misas de precepto los días domingos... Es de ver cómo aguantan estos indios funciones religiosas largas, aunque duren dos horas seguidas. Si por excepción faltara uno por su culpa a la obligación de asistir a la misa, y si tuviera que sufrir el consiguiente castigo, lo aceptaría con tal humildad y sujeción, que pudiera confundir a fervorosos religiosos ».

Para evitar estas defecciones y atraer a todos sin excepción al Santo Sacrificio, cultivaban los padres cada vez más la música instrumental y coral de la iglesia, y enseñaban a los niños con mucha continuación a tocar todo género de instrumentos, en que salían ellos muy diestros. Avanzada la obra de las misiones, al correr el siglo XVIII, usaban ya para el culto varios instrumentos apropiados, sabiendo, como sabían, en general tañer los órganos, cajones, cornetas, chirimías, espinetas, liras, arpas, violines, y violones; dejando para las danzas las guitarras, cítaras, bandolas y bandurrias.

Ni solo en las misas solemnes, también en las diarias, realizaban el acto con su pericia musical. Oigamos lo que dice Cardiel acerca de las misas ordinarias. « Al principio de la misa, hasta el evangelio, tocan órganos, chirimías, arpas y violines. Desde el Evangelio hasta la consagración cantaban algún motete en latín o castellano, y tal cual vez en su idioma guaraní, o también algún número, variando cada día las letras y composiciones. Y, si sobra tiempo hasta el fin, vuelven a tañer los instrumentos. Este culto divino se usa todos los días. Los de misa solemne, después de la Consagración cantan también alguna letra »¹.

¹ *Declaración de la verdad* (Buenos Aires, 1900), 280.

V

La devoción a la comunión y las primeras comuniones

Uno de los primeros cuidados, y por decirlo así, ministerios básicos de nuestros misioneros, era el enderezar las doctrinas cotidianas y ordinarias a la recepción, lo más digna posible, de la sagrada comunión. Desde el principio se hace notar en las actas de nuestro ministerios esta paulatina y bien ordenada preparación.

Era en 1617, y ya el padre José Cataldino, escribiendo sobre Loreto del Guayrá, expresaba que todo el año se había ido disponiendo a algunos para la primera Comunión. Y merced a esa prevención y aparejo (que decían ellos) se experimentaba después en los que la habían recibido notable aprovechamiento. Y por esta experiencia de los ya comulgados, y porque entendían ser esta prerrogativa del pase a la comunión una de las más honoríficas distinciones que podían otorgárseles, ansiaban tanto aquel Maná, que en las fiestas principales muchos candidatos pedían con ansia la licencia para poder comulgar.

Cuenta el padre Cataldino un caso, entre otros de un mozo ya casadero que lo pidió con gran vehemencia. Entretúvole el padre con decirle que lo que a él le convenía era casarse, y nada más, por ser mozo brioso y expuesto a muchas ocasiones. Entendiendo él la causa porque se le negaba por de pronto comunión, dijo al fin al padre con gran determinación: «Ea, pues, padre; yo, casarme, me quiero casar, y me casaré. Pero tú has de dar la comunión, que yo prometo no seré indigno de ella». Y así, se hizo todo en un día.

Mas los padres, que sabían el grado de preparación que exige el divino sacramento, se iban en esto poco a poco. Y así, aunque hubiese otros muy capaces, no se apresuraban demasiado a repartirles el divino Pan, para que cobrasen estima y gran concepto de él.

Según iban los indios aprovechando más en la doctrina, así iba creciendo también el número de los primeros comulgantes. «He dicho a los Padres del Guayrá (escribía el P. Oñate en sus *Anuas* de 1618) que, pues los indios iban aprovechando tanto,

probasen a repartirles el Santísimo Sacramento según sus disposiciones». Y efectivamente, fueron saliendo tan bien de la prueba, que comulgaron en las doctrinas de Loreto y San Ignacio Miní más de ochocientos. Habían precedido grandes pruebas y exámenes en la doctrina y costumbres, y grandes ayunos, penitencias, oraciones, y confesiones generales, para disponerse a recibir el Santísimo Sacramento. Y con estos preparativos, asevera el P. Oñate que hacía en ellos tan admirables efectos, que bien probaba ser el Pan de Vida. Y así, uno de los indios comulgantes le decía a un padre: «Padre, dame pronto aquel pan que convierte eficazmente las almas, y hace de hecho dejar los pecados».

Se comprende que quedaron los que no comulgaron un poco envidiosos de los que tuvieron tan buena dicha y que se resolviesen con grandes veras y ahinco a seguir aprendiendo la doctrina cristiana y haciendo con priesa las demás diligencias, porque se les diese la licencia de comulgar presto. Y en suma, así se comprendo que los unos por llegados a comulgar, los otros por disponerse a ello, hubiese algunos indios e indias de reformadas y ejemplares costumbres, que pudieran hacer raya en una ciudad entre los buenos y antiguos cristianos.

Pasados algunos años más, y mediado el siglo XVII, se hicieron ya generales estas prácticas en todas las reducciones, como lo era ya en las ciudades.

Oigamos lo que por los años de 650 cuenta el P. Simón de Ojeda, Provincial, al P. General Gosvino Nickel: «Durante la cuaresma —dice— cuando en las ciudades de españoles se los prepara por especiales instrucciones a recibir dignamente los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, aquí en las reducciones, tienen que trabajar no menos nuestros padres para preparar a viejos y viejas, y a los rudos, a recibir los sacramentos; y lo mismo para disponer los niños y las niñas a la primera comunión». Y añade el P. Ojeda lo que ya va notado en otras *Anuas* anteriores: «A cada esmerada instrucción en las obligaciones cristianas, se debe que los indios neófitos tienen tanto sentimiento religioso, y que se porten tan admirablemente bien»¹.

¹ CA (1658-1660) 8 s.